

El molino de tortitas

Había una vez un anciano campesino y su esposa que vivían una vida pura pero dura, porque eran muy pobres. Un día no quedaba ni una migaja de pan en la casa, así que se fueron al bosque a recoger bellotas. Recogieron las bellotas, las trajeron a casa y se dispusieron a comerlas. Mientras comían las bellotas, la anciana dejó caer una. Cayó a través de las tablas del suelo hasta el sótano. Pronto de la bellota brotaron raíces y surgió un brote que creció hasta el suelo. La anciana vio esto y le dijo a su marido: "Oye, marido, debes hacer un agujero en el suelo para que crezca la plantita que surgió de la bellota. Cuando sea lo suficientemente grande, no tendremos que ir más al bosque pues puedo recoger bellotas aquí en nuestra casa".

El anciano hizo un agujero en el suelo. La planta de la bellota creció y creció hasta el techo de la habitación, desde el suelo hasta el techo, y desde el techo hasta el cielo. Cuando se acabaron las bellotas que habían recogido del bosque, el viejo cogió un saco y se subió a la enorme encina, que es el árbol de la bellota. Subió cada vez más y más alto y de repente se encontró en el cielo.

Fue de aquí para allá en el cielo y luego de un rato vio un gallo con una cresta dorada sentado en un molino de mano dorado. El campesino no se lo pensó mucho.

Tomó el gallo, el molino y bajó por la encina. Cuando llegó sano y salvo abajo, le preguntó a su esposa: "Mujer, ¿hay algo para comer?"

"Espera, ahora mismo moleré las bellotas en el molino", dijo la anciana. Cogió el molino y empezó a moler; ¡pero del molino salieron tortitas y pastelitos! Cada vez que hacía girar el molino, salía una tortita y luego un pastelito. Ahora tenían suficiente para comer.

Un día llegó un hombre a caballo y preguntó: "¿Puedo comer algo?"

"Ciertamente, puedes comer una tortita".

La anciana cogió el molino y lo hizo girar; el molino molió tortitas y pastelitos y el huésped comió ciertamente bien. Después de la comida dijo: "¡Mujer, véndeme el molino!"

"¡No, esto no lo puedo vender!"

Entonces el hombre robó el molino y se fue con él. Cuando los dos ancianos se dieron cuenta de que habían robado el molino, se entristecieron terriblemente.

"No te aflijas", dijo el gallo de la cresta dorada. "Volaré tras el ladrón y lo alcanzaré".

El gallo llegó volando hasta la casa del hombre, voló hasta la puerta y llamó:

"Co-co-co-di, he venido a por ti.

¡Ki-kir-i-ko, devuélveme el molino!"

Cuando el hombre oyó esto, se enojó y ordenó: "Echa ese gallo ¡al agua!"

Los sirvientes encontraron el gallo y lo arrojaron a un pozo. Pero el gallo pudo hablar, y dijo: "¡Pico, picocito, bebe toda el agua!". Y se bebió toda el agua. Bebió y bebió todo el pozo hasta secarlo y voló de nuevo a la casa del hombre. Se sentó en el balcón y llamó:

"Co-co-co-di, he venido a por ti.

¡Ki-kir-i-ko, devuélveme el molino!"

Entonces el hombre ordenó que cogieran el gallo y lo arrojaran al horno en llamas. Los criados cogieron el gallo y lo echaron al horno, en medio del fuego. Pero el gallo pudo hablar, y dijo: "Pico, picocito, escupe toda el agua". Hizo devolver el agua al fuego y lo apagó. Se acarició y se sacudió y salió volando del horno gritando:

"Co-co-co-di, he venido a por ti.

¡Ki-kir-i-ko, devuélveme el molino!"

Los invitados oyeron esto y salieron corriendo de la casa, y el hombre los siguió aterrado. El gallo de la cresta dorada rápidamente se apoderó del molino y voló con él de regreso a la casa de los ancianos.